dolo en coche, y en ese pequeño espacio de tiempo tuvimos oportunidad de ver al paso hermosos edificios de la moderna y alegría por donde quiera. Tentado estuve de proponer que nos quedáramos un día; pero por desgracia nuestro cupón de Milán á Chiasso estaba ya sellado con la fecha del día y ni remedio. De grado y por fuerza dimos orden al cochero de dirigirse á la estación, y muy á mi pesar mandamos que se colocaran nuestros equipajes en el tren correspondiente. Dejóse escuchar el último silbato de la máquina y salimos de allí, perdiendo de vista á Milán á poco andar: á las diez de la mañana habíamos llegado á los límites septentrionales de Italia; nuevo transborde, nuevas molestias, nuevo tren en el que cruzaríamos la pintoresca Suiza durante el día, nuevas costumbres que veíamos y nuevas impresiones, finalmente, que nos esperaban.

Este último punto será la materia del capítulo próximo.

SUIZA.

CAPÍTULO XLIII.

SUIZA.

SUIZA es el país de los lagos y de las montañas. Enclavado en el centro de Europa, de él parten todas las ramificaciones poderosas que constituyen el sistema orográfico de esta parte del mundo.

Grandes relieves, profundos valles, arterias fluviales caudalosas cuyo nacimiento se encuentra en las nevadas alturas; lagos pintorescos é inmensos colocados en el fondo de las cuencas, alimentándose por los deshielos perennes; naturaleza eminentemente salvaje al par que grandiosa y colmada de poesía: esto es, en conjunto, aquella nación curiosa por su suelo y por su historia.

Los paisajes suizos no son comparables á los nuestros porque ambos tienen carácter enteramente distinto: los primeros son todos, poco más ó menos, semejantes en grande espacio de terreno; los segundos, por la altitud y la extensión de nuestro suelo, son más variados y como más templados por los rigores del sol de los trópicos.

Desde tres puntos de vista es interesante Suiza: el geográfico, el de las obras de ingeniería, tan brillantemente llevadas á cabo en aquel terreno escabroso, y el histórico. En cuanto al primer punto, á nadie se escapa la importancia oro-hidrográfica de Suiza: de este gran centro, como acaba en líneas

anteriores de decirse, desde el cual, por el gigante nudo de San Gotardo, se desprenden en todas direcciones enormes cadenas de montañas; por otra parte, las formaciones geológicas, los trastornos del suelo, la formación curiosa de los ventisqueros, el derrumbe de aquellos tremendos aludes que desde la altura se precipitan con furia, y otros puntos más, son diversos y variados temas de estudio para el geógrafo y para el naturalista.

Por lo que hace al segundo punto, la ciencia en Suiza ha desplegado las alas de su ingenio hasta lo sublime, permítaseme la frase, obteniendo el triunfo de la gloria y el aplauso atronador de toda la humanidad civilizada: por donde quiera tiende en Suiza sus cintas de acero: con atrevida mano, por aquí cuelga un puente de factura admirable, por allá edifica un viaducto sobre la fracción de un lago, por todas partes perfora las montañas y abre tajos y en breves horas une por medio del vapor á las naciones, salvando abismos, encumbrando alturas ó penetrando al seno mismo de las masas de basalto, en otro siglos invulnerables para el hombre. ¡A cuánto ha alcanzado la mano poderosa del rey de la Creación! Las más grandes distancias se acortan ahora por la locomotora, y los continentes se estrechan en abrazo mutuo, en un instante, por medio de la corriente eléctrica, cuya aplicación para transmitir la palabra hubiérase tomado, hace dos siglos, por travesura diabólica ó como fenómeno del todo separado del orden natural. Respecto del punto histórico, las tradiciones de Suiza por la defensa de sus fueros y de su autonomía, son muy interesantes.

No haré por cierto la ofensa al bondadoso lector de pensar que desconoce una tan conocida, y no sólo sabida, sino popular historia. Pasémosla por alto, que abundan las obras en las cuales gallardas y elocuentes plumas enarran las glorias de los bravos suizos y las de sus héroes inmortales.

Pero conduzcamos ya al lector al través de estas tierras de los clásicos paisajes: salgamos de la bellísima Italia, demos el último adiós á la patria hermosa de Rafael, que nos esperan algunas impresiones en la de Guillermo Tell.

Nos quedamos, como dije en el capítulo anterior, tocando las fronteras de Italia y de la Confederación, en Chiasso. Allí cambiamos de tren, llevando el propósito de cruzar la Helvecia, de día, pues de esta suerte gózase de la esplendidez del panorama.

Al pasar á Suiza no se nos hizo ningún registro de equipajes, como es de usanza en las fronteras de los países. Transbordamos á unos coches especialmente destinados para este magnífico camino, que tienen corredores laterales para mayor comodidad de los viajeros. Tuvimos la fortuna de pronto entablar conversación con un caballero francés muy amable y sobre todo bastante ilustrado, que iba en el propio tren que nosotros, con su familia para Estrasburgo: este señor conocía el camino á las mil maravillas, según pude colegir; de suerte que sus indicaciones reiteradas nos hicieron gran provecho para la mejor inteligencia de nuestro corto viaje.

El silbato de la locomotora y las señales del conductor nos anunciaron la partida del tren. Aquí es curioso hacer notar que tanto en la frontera italiana como en la suiza, mézclanse las costumbres de ambos pueblos, acentuándose grandemente las italianas en la región meridional de Helvecia. Los letreros de las tiendas y de los hoteles, unas veces los veíamos escritos en italiano, otras en alemán, idioma predominante en Suiza. Los conductores de los trenes y los empleados de las estaciones, y los de las fondas, hablan casi todos ambas lenguas, pero basta el francés si no se posee ninguna de ellas, para darse uno á entender perfectamente.

No bien hubimos entrado á Suiza por el pintoresco cantón del Tesino, cuando empezamos á contemplar deliciosísimas vistas. ¡Cuántas veces las habréis visto en acuarela! ¡Qué hermoso panorama, alumbrado por el sol de la mañana, teníamos delante! A nuestra diestra el magnífico lago de Como, á nuestra izquierda el de Lugano; en el fondo, hacia el Sep-

tentrión, la perspectiva de los Alpes, cuyas líneas poderosamente se dibujaban ya. Pronto llegamos á Belinzona, ciudad de cierta importancia muy cerca al lago Mayor en el cual desagua el Tesino, á cuyas márgenes la ciudad se asienta. Por decontado que los túneles abundan y se suceden frecuentemente: lo más notable es que los hay curvos, casi formando las galerías una circunferencia.

Más allá de Belinzona los paisajes no tienen segundo (estoy por asegurar esta aserción): grandes valles cercados por altísimas cumbres, perennemente cubiertas de blanquísimo sudario: el sol refleja sus rayos sobre la nieve, dorando las albas frentes de los basálticos gigantes; los deshielos originan multitud de arroyos que bajan con ímpetu de las montañas, en cascadas pintorescas, con ese ruido tan monótono y tan grato al par, del agua, que va á regar los campos y los valles, y en éstos, y sobre las escarpas de las rocas, y por todas partes, veis alzarse esas casitas poéticas, diré mejor, románticas, que llevan el nombre francés de *chalets*, y en donde debe de pasarse una vida tranquila y deliciosa: añadid á esto los ganados trepando por las laderas de los montes nevados, el pintoresco y legendario traje de suizos y de suizas, y tendréis un cuadro cabal para un artista ó para un poeta. ¿No es verdad que este conjunto es muy hermoso? Montañas, nieve, arroyos, torrentes, cascadas, lagos, pastores, gente feliz á no dudarlo, paisajes de *nacimiento*, así es por todas partes esta Suiza en donde todo es salvaje y grande, pero al mismo tiempo bellísimo y poético.

Las horas caminaban al par de la locomotora: á cada momento consultábamos un plano que llevé conmigo é interrogábamos al caballero francés para que nos diera detalles acerca del gran túnel del San Gotardo. ¿Quién creerá que ese era uno de mis mayores alborotos? ¡Atravesar el San Gotardo! ¡Uno de mis ensueños que en breve realizaría! Unas cuantas horas más de camino, y, en efecto, próximos á la magna galería nos encontramos. Poco antes de las doce, después de

caminar bastante sobre abismos y viaductos, la locomotora silbó y nos detuvimos en Airolo: es la estación más cercana al inmenso nudo y á la boca del túnel. Me encontraba yo impaciente: al fin, de nuevo nos pusimos en movimiento, y á los cuantos minutos el caballero francés exclamó:

—Señores, el gran túnel.

En aquel momento sacamos nuestros relojes para medir el tiempo que bajo la montaña colosal nos hallaríamos; las lámparas de los trenes siempre permanecen encendidas, y además, de 500 en 500 metros, si no estoy equivocado, el túnel tiene una semáfora; de suerte que se notan claramente los ademes de la ancha y asombrosa galería: el tiempo pasó y al fin salimos del túnel; consultamos nuestros relojes, ¡veinticuatro minutos nos habíamos tardado en atravesar el San Gotardo por aquel camino subterráneo, maravilla del arte moderno y honra de los ingenieros que lo llevaron á cabo! El túnel tiene cerca de 15 kilómetros de longitud, y ha venido á llenar una necesidad, facilitando las comunicaciones entre Francia, Suiza é Italia, singularmente: es de reciente construcción y se halla practicado en el gran nudo que sirve de núcleo á todo el sistema alpino.

En efecto, al Norte se desprenden los Alpes de los cuatro Cantones, los de Glarus y de Thur, con diversas ramificaciones; al Levante, extiéndense los Alpes Réticos, y al Sudeste los Alpes del Veltín; al Mediodía, aparecen los robustos Alpes de Poncia ó Lepontinos y los Peninos, advirtiéndose al Sudoeste los Alpes Berneses y los de Saboya, estos últimos en tierras extranjeras; cadenas todas que se enlazan con las demás de Alemania, de Austria, de Italia y Francia, para constituir sistemas orográficos especiales. Al mismo tiempo, de las grandes alturas de San Gotardo despréndense importantes arterias fluviales que llevan el caudal de sus aguas al Norte como el Rhin, y al Sur como el Ródano, en esencia; y otros muchos que mueren al Este y al Oeste, siguiendo la inclinación de sus respectivas vertientes.

A unos cuantos metros de la salida del gran túnel se encuentra una aldea llamada Göschenen: en ella está la estación, y otra cosa más interesante, la fonda, bastante regular, en donde comimos con grande apetito, como era natural, después de una fatiga de cuerpo y de espíritu, que desde temprano había comenzado. Desde Göschenen el paisaje de los Alpes y del San Gotardo cubiertas sus cumbres y sus flancos enteramente de nieve, es magnífico; en la estación venden fotografías muy baratas de todos los lugares importantes de esta línea espléndida.

Después de comer volvimos á instalarnos en nuestro coche; á los cuantos minutos salimos de Göschenen rumbo á Lucerna. Continuaron los mismos paisajes, las propias perspectivas. Pasamos por diversos pueblos más ó menos considerables. Sobre los principales edificios se ve flotar siempre el rojo pabellón con la cruz blanca; á lo lejos comenzó á hacerse visible el bellísimo lago de los Cuatro Cantones, y á poco andar el tren se detuvo en la histórica y pintoresca aldea de Flüelen. De acuerdo con las indicaciones y los consejos que se nos habían dado, descendimos del coche, dejando recomendados nuestros equipajes al conductor, dirigiéndonos á orillas del lago en donde esperaba un vaporcito.

Con los billetes directos tiene uno la facultad, en Flüelen, de escoger dos caminos para ir á Lucerna: por el ferrocarril costeando el lago, ó bien por este mismo surcándolo en dicho vapor; ambas líneas están combinadas de tal suerte, que cuando llega el tren á la hermosa capital del Cantón de Lucerna, el vapor atraca en el muelle inmediato á la estación. Aquí el viajero tiene nuevamente la facultad, según el tiempo que le concede su billete de pasaje, ó de permanecer, por ejemplo, un día en la ciudad, ó de volver á tomar el tren para proseguir su camino. Transbordamos al vapor con la familia francesa; el tren se fué y nosotros nos internamos por aquel lago histórico. ¡Cuán bella era la decoración!

La masa de agua es muy extensa, rodeada de altas montañas nevadas. Al cruzarla, me vino á la memoria la leyenda toda de Guillermo Tell, cuando hecho prisionero después de la romancesca escena de la manzana, fué embarcado en este propio lago rumbo al Castillo de Kussenacht: una tempestad se levanta de improviso en medio de la travesía; Tell dirige el timón de la nave; llegan á la orilla, escápase en aquellos momentos, piérdese á la vista de todos y se dirige á dar muerte á Gesler su enemigo.

En ese gran lago todo es solemne: parece que las montañas que le cercan repercuten los ecos roncos de las trompas de caza, y que los ejércitos de conjurados bajan á reunirse todos por los flancos escarpados de las moles de basalto con crestas de blanquísima nieve. El vapor se detiene en varios puntos de la ribera; al cabo de dos horas largas llegamos á Lucerna, que desde lejos se distingue reflejando su rostro en las aguas del lago.

Como nada tiene de notable Lucerna en cuanto á sus edificios, decidimos volver á nuestro tren con rumbo á Basilea. La tarde iba lentamente agonizando: salimos de la ciudad por el túnel; atravesamos el Reuss por un largo puente, perdiendo de vista al poco tiempo á Lucerna. El camino que se sigue es casi recto. El Jura suizo va apareciendo como negro fantasma colocado entre la Confederación y las tierras francesas; á las ocho de la noche entramos por la estación central á Basilea (*Bâle* en francés, capital del Cantón de su nombre), que se asienta á ambas orillas del Rhin. La ciudad toca la frontera de Alemania: allí cenamos con toda calma, por tener que esperar más de una hora la salida del *expreso* para Paris. Al cabo de ese tiempo ocupamos nuestro coche alejándonos de Basilea.

A media noche nos detuvimos en Belfort, punto situado precisamente entre Francia y Alemania. Incomodísimo es á esta hora cargar con bultos y maletas á la aduana para el dichoso registro de equipajes. Pero en fin, puede soportarse siquiera por la urbanidad exquisita que distingue á los emplea-

dos franceses. Pasada semejante molestia, de nuevo nos instalamos, muy fatigados, en nuestro coche, para despertar al día siguiente en Paris. No doy razón del camino porque no lo ví.

La luz de la aurora nos sorprendió en el tren: campos dilatados, aldeas cuyas chimeneas coronábalas el humo, algunas fábricas, era lo que veíamos. Más tarde, allá muy lejos, envuelta entre los pliegues de la niebla, soñolienta, medio aparecía la bulliciosa capital. Nuestro entusiasmo y alboroto inmenso acrecentábase á medida que nos acercábamos á la gran ciudad. Dieron las 6 y media de la mañana; pocos instantes después el tren caminaba lento bajo la elegante armadura de la magnífica estación del Este. Allí nos esperaba un antiguo compañero mío de colegio; con efusión nos abrazamos: tomamos un coche y nos llevó á instalar á nuestros alojamientos, satisfechos grandemente de nuestra excursión por la bellísima Helvecia.

FRANCIA.